

Un olvido

Fúnez

Hoy hace once años que enterramos a nuestra hija en Virginia. Vivíamos en Santa Pola, Alicante, España, pero la tragedia nos pilló allí y nuestros amigos americanos nos aconsejaron que no arrastráramos el dolor.

—Eso es sólo un cadáver y el alma vuela. ¿Lo entendéis?—“eso” era mi niña, en el interior de un ataúd blanco, justo antes de echarle encima un montículo de tierra muy marrón, y aun así respondimos afirmativamente: Raúl pronunció un “sí” casi inaudible y yo asentí con la cabeza.

Fue extraño, tuvimos que aprender a adaptar el significado de la palabra amigo hasta que englobara a aquella pareja. Los habíamos conocido cuatro días antes del accidente, en un bar con música en directo. La niña no estaba, ella no llegó a cruzar una sola palabra con ellos. Se vieron de lejos la última noche: Amanda y Louis—nuestros amigos americanos— vinieron en su Chevrolet a recogerlos al hotel y, mientras yo la acompañaba a la boca del ascensor, para que volviera a la habitación, Raúl se adelantó a recibirlos.

—Han dicho que es muy guapa —me informó en nuestro idioma, toda vez que terminé de saludar de acomodarme en el vehículo.

—¿Y qué otra cosa podrían decir? —le respondí, con una felicidad a la que ahora me cuesta encontrarle sentido.

—Can`getwhatyou`resaying. Couldyouturnto English, please? —preguntó Amanda, convidándonos a que usáramos el inglés y los hiciéramos partícipes.

—Sure, no problem.

Bebimos mucho. No recuerdo gran cosa, la música del principio y eso, mucha bebida, en dos o tres locales diferentes, cercanos entre sí, *a media manzana*, recuerdo que iba apuntando Amanda, cuando salíamos de uno para encaminarnos a otro. Regresamos despuntando el día, en un taxi. La niña ya estaba despierta.

—Déjanos que descansemos un rato, enseguida nos vamos.

Nos avivó el teléfono, mucho más tarde; el sol y un aire muy caliente entraban por la ventana abierta.

—¿Sí?

—¿Señores López, están bien?

—¿Quién es?

—Evans Cruz, el subdirector del hotel.

—Ah, disculpe. Sí, estamos bien. ¿Qué ocurre?

—¿Pueden bajar a recepción? Dense prisa, por favor.

Cuando en el aeropuerto de Alicante los abuelos nos preguntaron por ella y les contamos, entre lágrimas, que la nena estaba ahí, sobrevolando en la sala, y cuando, al instante, replicaron qué tratábamos de decir, con los ojos como platos y contrayendo instintivamente las dos últimas falanges de sus dedos, y les repetimos que la niña se encontraba ahí, en la sala de desembarques, aunque no la pudieran ver, porque ahora toda su existencia se resumía a un alma voladora, tomamos consciencia de lo que habíamos hecho.

Telefonamos a nuestros amigos americanos desde el mismo aeropuerto. No sé a cuento de qué, pero lo decidimos de esa manera. No contestaron.

—¿Qué hacéis? —nos preguntaban los abuelos.

—Nada. Volved a casa.

—¿Pero y la niña?

—¡Volved a casa, os digo!

Esa noche también bebimos demasiado. Sin música, en la habitación de un hotelucho de la playa de San Juan. Al principio, evocando a nuestra hija, sin visitar la tragedia, armando todos los relatos en Santa Pola, como si nunca hubiésemos pisado Virginia. Luego, sin embargo, nos descubrimos rememorando distintas ocurrencias de Amanda, riendo con ellas. Resultaba insólito, esa mujer nos fascinaba a los dos, sin saber concretar el motivo. Tenía casi la misma edad que nuestros padres. Era, incluso, diez o doce años mayor de Louis, su esposo. Al menos, en apariencia. Y hablaba un inglés cerrado, que nos obligaba a fijar mucho la atención. No habíamos tratado ningún tema serio, capaz de descubrirnos una sensibilidad especial en ella, todo alrededor de la música, el whisky y la soda, adoraba la soda.

—La echo de menos —dije.

—¿A quién?

—A Amanda.

Permanecimos un buen rato en silencio. Era raro. Prevalecía Amanda, todo el tiempo Amanda, de nuevo como si la tragedia no se hubiera producido y nuestra hija no nos hubiera acompañado a Virginia y hubiese desaparecido por otra causa distinta, que legitimaba aquella conversación. Se lo comenté a Raúl.

—No sé. Supongo que desfogamos, que nos sirve para intentar no pensar en lo que ha pasado. No sé, ¡no sé!, ¡no sé! —se alborotó enérgicamente el pelo, se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación.

—Quiero volver a verla.

—¿A quién?

—A Amanda.

Esa noche, antes de dormir, acordamos que repatriaríamos el cadáver de nuestra hija. Ya no quedaba nada que beber. Nos dábamos la espalda en la cama. Llevábamos tiempo sin hablar. Lo anunció al pronto Raúl, se lo juró, no se estaba dirigiendo a mí, no me lo pareció. Me giré y me aferré con todas mis fuerzas a su cuerpo.

—Y volveremos a ver a Amanda —dije.

—Sí, también, lo juro.

Necesitábamos dinero para arreglar los papeles, obtener los permisos y exhumar y trasladar el cuerpo. Decidimos contar otra cosa. Mi amiga May nos lo aconsejó; comenzó a enumerar las penurias que sufría la gente de nuestro país, por efecto de la crisis, y al fin preguntó si nosotros donaríamos un solo céntimo para solventar un olvido —así lo llamó—.

—¿Y qué decimos?

—Que está viva, que se encuentra enferma y que viajasteis hasta allí, en busca de una solución, y se os ha agotado la pasta.

—Pero, ¿estás loca? ¿Y nuestros padres y el resto de gente que nos conoce? A ellos...

—Revertiremos la historia. ¡No sé! —terminó soltando Raúl, a la par que repetía las mismas acciones de la noche anterior.

Aquella locura cuajó. Y el dinero lo reunimos rápido, en poca más de dos semanas. Más de la mitad salió de los abuelos, que, asidos a esa estrambótica esperanza, ni siquiera insistieron en preguntarnos por qué les habíamos mentido hasta ese punto en el aeropuerto y cuál era el mal de nuestra hija. El resto lo conseguimos en Santa Pola y Alicante; nos ayudaron varias cadenas de radio locales, con las que contactó May. Del importe íntegro del vuelo de ida de los dos se hizo cargo una agencia de viajes de Denia; y una mutua de seguros nos inquirió que les avisáramos cuando la niña estuviera lista para volar, por si podían echarnos un cable a través de sus redes.

Éramos felices; desconozco cómo se construye una felicidad como la que narro, pero la solidaridad y el ánimo que nos transmitían personas anónimas y el deseo de regresar a Virginia hicieron que la muerte de nuestra hija permaneciera solapada bajo la intención de solventar nuestro olvido.

En el aeropuerto mis padres me llevaron aparte y me entregaron más dinero. Poco, bastante menos de la cantidad máxima permitida sin declarar.

—Trae de vuelta a la niña.

Les pedí que mantuvieran la calma. Les dije que así no ayudaban. Les recordé que se trataba de mi hija, agaché la cabeza, apreté los puños, agravé el tono de mi voz. Pensé, rápido, que despidiéndome de esta forma lograría liberarme de ellos durante las primeras semanas.

Había más gente, una chica de la agencia de viajes de Denia, un tipo de la compañía de seguros y más familia y conocidos. Raúl se encargaba de ellos. Viajaba con su guitarra. Yo se lo había sugerido. No la soltaba en el suelo. Se despedía con la mano libre, denotando mucho nerviosismo. May me guiñó un ojo. No me gustó. Sonreí, no obstante, y empleé mucha energía en despedirme de ella. Los padres de Raúl se me acercaron para trasmitirme el mismo mensaje que los míos. La chica de la agencia me abrazó. Y alguien, al fin, dio dos palmadas y vociferó que ya iba siendo hora de que nos dejaran tranquilos.

En cuanto aterrizamos en Virginia volvimos a telefonar a Louis y Amanda, no lo habíamos vuelto a hacer desde aquel primer día, en el aeropuerto de Alicante. De nuevo no contestaron. Tampoco por la noche, ni al día siguiente ni al otro. Dimos cabida a todas las posibilidades: que hubieran perdido o roto el aparato y la sustitución les hubiera conllevado un cambio de número, que lo hubiésemos anotado mal y que nos lo hubiesen facilitado erróneamente adrede. Barajamos, sobre todo, las dos primeras, la última no tenía sentido. ¿Para qué? Vivíamos lejos, después de atravesar todo un océano, nunca les habíamos planteado la idea de retornar a Virginia, ellos solos se habían prestado a acompañarnos en el funeral y posterior entierro de nuestra hija, nos habían ofrecido dormir en su casa y habían puesto a nuestra entera disposición su Chevrolet, con él nos habían conducido al aeropuerto y a la colina verde en la que reposa nuestra niña. No trasnochamos, no volvimos a visitar ningún bar con música en directo, aquellos últimos y fatídicos días, pero no dejaron de aparecer por el hotel.

—Anotad nuestro número —dijo Amanda, en la terminal del aeropuerto. ¿Para qué iba a engañarnos?

Raúl comenzó a frecuentar distintos establecimientos de venta de instrumentos musicales, buscando anuncios de bandas que necesitaran un guitarrista, y yo conseguí

empleo limpiando las habitaciones y atendiendo en noches alternas la recepción del motel en el que nos alojábamos. Pese a que creíamos fácil tropezarnos con nuestros amigos americanos en los bares con música en directo, renunciábamos a salir, nos lo impusimos; queríamos ser honrados, tocar lo mínimo el dinero de España y ofrecerle ese suerte de respeto a nuestra hija. También bebíamos poco, una copa de vino o una cerveza en las comidas y algunos chupitos de whisky por las tardes, en las tumbonas que rodeaban la piscina o en unos bancos de pizarra, en la trasera del edificio, siempre sin abandonar el recinto. Manteníamos alto el ánimo, los distintos retos que teníamos por delante nos infundían una dosis de entusiasmo irreconocible hasta entonces, al menos desde que la niña había venido al mundo y nos había obligado a asentarnos en Santa Pola y a variar, drásticamente, nuestro modo de vida.

El ritmo y el orden de los acontecimientos lo hicieron posible: el mandato de devolver su cuerpo a nuestros padres se erigía en la meta o en el culmen de aquella misión, pero entendimos que antes era necesario que nosotros alcanzáramos cierto bienestar y equilibrio. Reducimos al máximo la comunicación con España, sobre todo hablábamos con May, para que nos asegurara la supervivencia de nuestro embuste; con la familia, a cuentagotas, siempre con prisas, inconclusos. Creo que, de alguna manera, perseguíamos que se olvidaran de nosotros o que murieran y al fin descansaran, una idea que, a veces, incluso verbalizábamos, sentados en los bancos de pizarra.

Poco a poco Amanda dejó de salir tanto a colación, pasó a hacerlo junto a Louis, en pareja y como coprotagonistas del recuerdo de las bandas de las que habíamos disfrutado, estando en compañía de ellos; seguíamos marcando de vez en cuando el número que nos habían dado o que nosotros habíamos anotado, y al paso de un par de meses retomamos las salidas por la noche empleando como estímulo la hipótesis de descubrirles sentados en alguna de las mesas cercanas a los entarimados a los que se subían los músicos.

Raúl empezó tocar con un grupo. No eran buenos, eso repetía, tras cada ensayo; pero uno de los integrantes poseía la mitad de las acciones de un garito en las afueras y aquello les permitía actuar todos los sábados por la tarde. Y retomó las composiciones; me gustaba regresar a la habitación, tras el trabajo, y encontrarlo concentrado, en su mundo pequeño, como antes de todo.

Apenas mentábamos a nuestra hija, solo en las tumbonas que rodeaban la piscina o en los bancos de pizarra, después de varios chupitos, y solo para recordarnos que al

final de este nuevo camino nos aguardaban sus restos, su último viaje, tal vez también el nuestro.

Al año y pico nos mudamos a Richmond, la capital del estado. La ciudad es mucho más pequeña que Virginia Beach, más de la mitad, e infinitamente más lúgubre, pero a Raúl allí le prometían un promedio de diez conciertos al mes, y esta banda, además, tocaba temas propios, algo que lo traía loco de contento. Yo mantuve mi trabajo en el motel solo durante los fines de semana, desde el sábado, a medianoche, hasta los domingos a mediodía. Raúl me pedía que aprovechara para patear las calles, porque alguna vez la suerte se pondría de nuestra parte y me tropezaría con los americanos. Lo hacía por la tarde, al finalizar el turno, y regresaba, en mi propio Chevrolet, la mañana delos lunes.

Nuestros padres murieron, y May, también. Nos costó admitirlo, pero la muerte de May nos produjo una tranquilidad imposible de describir, como un fin del mundo que abre sus puertas a otro mundo. Tenía mi misma edad, fue a consecuencia de las lesiones que sufrió en un accidente de tráfico, trasvarias semanas de ingreso en un hospital. Mi madre aún vivía y me mantuvo al tanto. Luego ocurrió eso, las dos murieron casi al unísono, con solo dos días de diferencia, dejando mucha más paz que pena.

Coincidí con Louis una mañana de domingo que mi compañera me había pedido que se la cambiara por la tarde. Paseaba a un perro. Iba solo. Nos abrazamos fuerte, era nuestro primer abrazo y fue así, fuerte. Me contó que Amanda llevaba muerta seis años, que ya apenas salía, que ya no bebía y que dedicaba la mayor parte del tiempo a completar una colección de botellas de soda, provenientes de todas las partes del mundo; se entretuvo en mostrarme su última adquisición, mediante una imagen que había capturado en su teléfono móvil (nos había bailado un número). Me preguntó por Raúl, por mi familia, le informé, sin demasiados detalles. Luego me propuso que le acompañara al cementerio, quería enseñarme la tumba de Amanda, situada muy cercana a la de nuestra hija.

—Todo lo que me fue posible —me apuntó.

Las dos tenían un ramillete de flores frescas.

